



Cristóbal Halffter.

gorianos, el de Tomás Luis de Victoria, el de la "Sinfonía fantástica" de Berlioz, y darle tal duración. Lo más delicado en este caso es que el compositor, ya en los cincuenta años, además del peligro de fracaso corre el riesgo de obtener sus cien años de soledad, y que en el futuro todo sea analizado en relación a esa obra cumbre.

Cristóbal Halffter conocía, al menos, la primera trampa. Ideó una Misa de réquiem distinta de las demás, sin los aspectos tremebundos y apocalípticos de las anteriores. Partiendo de su concepto y de su práctica de la religión —que no tiene nada que ver con lo que aprendimos en el Ripalda y en el Astete, dice—, y creyendo que la muerte no es un fin, sino el comienzo de otra cosa, de la reintegración del hombre en el cosmos, le encargó al padre Ellacuría la indagación en los textos bíblicos pasajes de esta faceta esperanzadora del cristianismo.

Luego, el compositor estructuró cinco tiempos: **El pecado entró en el mundo por un solo hombre**, pero un solo hombre justo nos redime del pecado. La orquesta suena piano, los coros recitan, las campanas doblan a muerte. El **Kyria**, luego, en el que los coros cantan melodías llanas, gregoriano desgarrado. El tercer tiempo relata **La muerte histórica de Jesús**, en el que dialogan murmullos públicos de los denunciadores de Cristo con una coral de Bach. Único elemento tonal de la obra. La orquesta se abre con esplendor en **Un cielo y una tierra nuevos**, y al final del último tiempo, **Canticum jubili**, una voz infantil temblorosa e

inmaculada entona un **Aleluya** que constituye la esperanza del futuro.

La obra es grandiosa y bella, con excelentes efectos orquestales y hermosos resultados con la utilización de la masa sonora y de los coros tratados con técnica de música electrónica. El estreno de este "Officium defunctorum" ha sido un acontecimiento musical, y los grandes críticos le dedican amplios análisis.

Jacques Longchamp escribe en "Le Monde" que "Halffter trata de alcanzar una expresión universal a través de arquitecturas universales y sencillas (más allá de la complejidad increíble del detalle), que corren el riesgo, a veces, de caer en lo espectacular". Claude Samuel, en "Le Matin", piensa que "a pesar del talento y de la autenticidad de su inspiración, Halffter, al igual que otros grandes compositores, cayó en la trampa del tiempo".

Según Pierre Petit ("Le Figaro"), Halffter "pasa de la confianza al terror, de la fuerza a la ternura, gracias a oposiciones diabólicas. Sobre un tejido orquestal que oscila entre ruidosos murmullos y un inmovilismo hierático, intercala voces de hombres, gritos de mujeres, fulgurantes percusiones, estridencias de metales, a la par que confía a un grupo de voces solistas una parte contrapuntística muy del siglo XIV.

"Únicamente —concluye Pierre Petit— le reprocharía el abuso de ciertos efectos fáciles, como esos 'hablados' que desde hace decenas de años muchos utilizan abusivamente. Es curioso, además, comprobar que

en sus mejores momentos esta imponente partitura recuerda extrañamente al mejor Honegger". ■ RAMON CHAO.

DISCOS

El discreto encanto de la dioptría

A veces he llegado a pensar —¡ay, de mí!— que Pau Riba era un mal músico, un mal cantante, un numerero cuya leyenda no correspondía a la realidad; sus letras sí me han parecido siempre buenas; poemas de indudable calidad, que cuando fueron editados por Pastanaga —una espléndida edición, por cierto, y muy bien ilustrada— causaron asombro. Ahora reconozco que estaba en un error. La reedición de su doble "Dioptría" (1), que yo ya había escuchado mal grabado en su época primera, me ha sacado de mi error. Se trata de un disco bue-



Pau Riba.

no, muy bueno, donde además de la presencia divina de Pau Riba, tan "hippy" entonces y tan pasado por agua ahora, hay unos músicos de talla excepcional: el conjunto OM, jazz-rockero —o como se le quiera catalogar, que el encasillamiento tie-

ne razones que la razón repele—, investigador y en ocasiones hasta innovador, compuesto por gente de la talla de Toti Soler —ahora aflamencado, mediterráneo y mucho más brillante, desde luego, porque ha aprendido más—, Jordi Sabatés, que entonces todavía no quería ser Debussy, pero que ya mostraba sus claras inclinaciones a hacer muy buena música; Romá Escalés, Josep Polo y Doró. Este grupo mágico-voltaico consigue unos efectos capaces de hacer enrojecer de vergüenza a muchos de los rockeros que hoy funcionan por España y parte del mundo circundante.

Pau lo había compuesto ya todo entonces: es decir, todas sus letras más importantes. Y se había presentado en Madrid y Barcelona con un espectáculo de inusitado lujo hippioso que pasó entonces totalmente inadvertido, igual que pasó inadvertido su reciente y buen espectáculo angélico-burlesco celebrado en Madrid. Pau —lo digo después de escuchar de nuevo su "Dioptría", las cuatro caras (A, B, C, D) de un golpe, y a punto de morir de sobre dosis de buena música— es un genio. Y la música que se hacía a finales de los sesenta no era sólo esa catarva de sirex y cheyennes que ahora quieren volver a hacernos tragar, sino algo interesante, inteligente y profesional a más no poder.

"Dioptría" no tiene solamente un encanto arqueológico, como de ruina recuperada. Es mucho más: es un disco actual, aunque ahora la música vaya por otro lado, e incluso los propios músicos que forman el grupo OM vayan por derroteros muy diferentes: tiene un encanto discreto, como de cosa nueva y que nos parece vagamente conocida: la sorpresa de las primeras noches de Formentera está ahí, el contacto con un mundo que entonces nos parecía mágico y alucinante, y que ahora resulta un poco bufonesco, pero siempre entrañable. A demás de todo, la contraportada del disco va enriquecida con nuevos textos de Pau Riba, textos que, para los amantes de la literatura, valen ya lo que el disco. Disco, por lo demás, maravillosamente bien editado. No me cansaré de escucharlo. ■ E. H. I.

(1) Edigsa-Concéntric.